EL MAESTRO DE LOS TAMBORES

JOSÉ EDUARDO AGUALUSA

EL MAESTRO DE LOS TAMBORES

Traducción de Claudia Solans

edhasa

Consulte nuestra página web: https://www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Mestre dos batuques*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Pepe Far
e imagen de Juan Pablo Cambariere.

Primera edición: octubre de 2025

© José Eduardo Agualusa, 2024
by arrangement with Literarische Agentur Mertin Inc Witt c. K.,
Frankfurt am Main, Germany
© de la traducción: Claudia Solans, 2025
© de la presente edición: Edhasa, 2025

Diputació, 262, 2ª 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: ISBN: 978-84-350-1183-9

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Dep.Leg.: B 15530-2025

Impreso en España

Si pones las manos frente a un altavoz cuando salen sonidos graves y pesados, vas a sentir algo en ellas. Es la frecuencia. Es una manifestación física de la frecuencia, una energía que sale de ahí, que no puedes ver, pero que sientes en tus manos. Las frecuencias provenientes de las culturas vudú haitianas manejan patrones rítmicos específicos, cánticos específicos, por eso ya son una especie de sonido precodificado. […] El sonido se manifiesta en la realidad física. El sonido que estoy creando aquí es también el que estás sintiendo. […] Cuando entras en una iglesia o en un templo, la frecuencia todavía está ahí, hay una reminiscencia de ella en el espacio, y allí permanece. No puedes librarte de eso completamente. Pasa a formar parte de la textura de ese espacio.

Val Jeanty, compositora y DJ haitiana,
en la película *The United States of Hoodoo,*
de Oliver Hardt

Primer capítulo

1

Primero vieron el ave, tendida en el barro rojo como un error magnífico. Las plumas, muy verdes, relucían en el silencio húmedo de aquella mañana de enero de 1902. Uno de los soldados, Nande, un cuanhama* alto, sólido como un baobab, se arrodilló junto al turaco:**

–No tiene ninguna herida, mi alférez…

Luis Gomes Mambo se acercó al soldado, curioso:

–¿Entonces murió por enfermedad?

El joven sacudió los hombros con mudo espanto. Algunos metros más adelante encontraron más aves muertas. Después, una pequeña gacela. La montaña Halavala despuntaba encima de la niebla, como una isla flotante, cuando divisaron un campamento militar en una curva del camino. Era, tenía que ser, el pelotón del sargento Pedro Amado. El alférez Luis Mambo había recibido instrucciones para reunirse con el sargento ahí mismo, a unos diez kilómetros de la mítica montaña. Después marcharían todos juntos, los madeirenses y los bóeres de Pedro Amado, y los landines, cuamatos, cuanhamas

* Natural del municipio de la provincia de Cunene, en Angola. *(N. de la T.)*

** Nombre vulgar de aves de la familia de los musofágidos, endémica de África. *(N. de la T.)*

y damaras del cabindense Luis Mambo, hasta las tierras de un comerciante portugués, Silvestre Souto da Mata, de sobrenombre «el Pasmado», cuyos comercios habían sido atacados y saqueados por guerreros de Mutu-ya-Kevela, el rey de Bailundo.

Luis Mambo se enderezó. Era un poco más bajo que Nande, casi de la misma edad, pero caminaba siempre con tanto aplomo que parecía más alto, y siempre tan ensimismado que todos lo creían mucho más viejo. El alférez intuyó la tragedia incluso antes de divisar los primeros cuerpos:

–El silencio se me metió en los nervios –le explicó al teniente Jan Pinto tres meses más tarde–. No se oía ni el zumbido de un insecto ni el piar de un pájaro. Era muy temprano y el aire estaba frío y pesado como un difunto. En el altiplano, me gusta despertarme de madrugada y meterme en la selva para escuchar a los pájaros. Parece que el universo está naciendo frente a nosotros. Usted sabe a qué me refiero. Aquella mañana sentí lo contrario.

Habían encontrado veinticinco cadáveres. La mayor parte no presentaba ningún corte de hoja blanca, agujero de bala, hematoma o contusión. Algunos soldados estaban acostados en posición fetal, con los ojos abiertos y el rostro congelado en una expresión de infinita tristeza. Uno de ellos había cavado un agujero y había enterrado la cabeza. Cuatro se habían disparado al corazón. Dos se habían cortado las muñecas. El sargento Pedro Amado había sujetado el fusil entre dos piedras y después se había dejado caer sobre el lado filoso de la bayoneta.

Incapaz de comprender lo que había sucedido, Luis Gomes Mambo fue de cuerpo en cuerpo intentando dominar la ansiedad y el terror, forzándose a estudiarlos.

¿Quién iba a creer aquello?

Entonces se le ocurrió fotografiar los cadáveres. Se dirigió al carro bóer, tirado por tres yuntas de bueyes, y del interior de su maleta de campaña cogió la máquina fotográfica, una Kodak Pocket que había ganado dos años antes, en Luanda, tras una extraña apuesta con un viajante inglés. La cámara, cuadrada, forrada en cuero rojo, era de muy fácil manejo. «¡Un auténtico revólver fotográfico!», había dicho el inglés para definirla, y tenía razón. Luis Mambo disparó una docena de fotos frente a la mirada atónita de sus soldados, y después volvió a guardar la cámara.

2

El teniente Jan Pinto examinó una a una las fotografías, atravesado por un poderoso torrente de emociones: miedo, angustia, una inmensa curiosidad. Finalmente, con los dedos temblorosos, devolvió las cartulinas al general João Crisóstomo, ministro de Guerra, quien las guardó en un gran sobre que escondió en el cajón de su escritorio mientras clavaba en el joven unos ojos feroces y burlones:

–¿Lo he asustado, teniente?

El joven teniente se enderezó:

–Nunca había visto nada así, excelencia. ¿Quién ha tomado estas fotografías?

–¡¿No había visto nunca un muerto?!

Jan Pinto se ruborizó. La tarde anterior, un ayudante de campo del ministro de Guerra había interrumpido su clase de esgrima para entregarle un breve mensaje: «Venga mañana por la mañana a mi despacho». Firmaba el mensaje –un

simple papel doblado en cuatro partes, sin lacre ni timbre– el general João Crisóstomo, ministro de Guerra. El joven apenas había dormido, nervioso, incapaz de comprender el interés del ministro por alguien como él. No, nunca había visto a un muerto. Tampoco había participado jamás en acción militar alguna.

–Dígame lo que ve en estas fotografías. –La voz del ministro de Guerra había cambiado hacia un tono un poco más agradable. Los ojos, de un azul metálico, ya no se fijaban en el teniente con burla, sino con aguda curiosidad–. ¿Qué es lo que más lo impresiona?

–La expresión en el rostro de los muertos –murmuró Jan Pinto–. Esa horrible tristeza…

El general João Crisóstomo se levantó:

–¿Sabe lo que yo veo? Veo a veinticinco soldados blancos, todos muertos. Muertos de forma inexplicable. La mayor parte no presentaban herida alguna en el cuerpo.

–¡¿Ninguna herida?!

–No tiene sentido, lo sé, pero es tal como se lo estoy contando. ¡Ninguna herida! Y creemos que los otros, los que presentaban heridas, se suicidaron.

En esa época, en Angola, las tropas coloniales recurrían a compañías de soldados europeos, que incluían no sólo portugueses, sino también bóeres. Además, estaban las compañías de soldados negros, provenientes no sólo de diversas regiones de Angola, sino también de Mozambique y hasta de Guinea-Bisáu. Las compañías africanas fueron fundamentales en el combate contra varios reinos locales. En plena elaboración del llamado darwinismo social, es interesante destacar que muchos intelectuales portugueses, aunque imbuidos del espíritu racista de su tiempo,

> reconocían el valor de los soldados africanos. Se leía lo que escribió Sebastião José Pereira en *Cuarenta y cinco días en Angola. Apuntes de viaje*, un libro publicado en 1862: «La superioridad del soldado negro sobre el blanco se vuelve muy notable cada vez que hay alguna marcha hacia el interior: los blancos son los primeros que se cansan, los que más sufren la falta de agua, y cuando llegan a algún punto en donde la selva los obliga a parar, son siempre los cazadores de búfalos los que pasan al frente para abrirles camino.

João Crisóstomo había rodeado el escritorio y ahora estaba delante del joven oficial. El muchacho también se había levantado, confuso y turbado, mirando nerviosamente la punta de sus zapatos. El general lo evaluó en silencio, mientras atusaba una y otra vez su larga perilla blanca.

–Me dijeron que usted, teniente, habla la lengua de los bailundos.

–Sí, y también comprendo la lengua de Luanda, el quimbundo.

–Muy bien, muy bien. Me enteré de que estudió en París.

–Sí, señor. Antropología.

–Antropología… Eso mismo. Me dijeron que hace algunos meses dio un discurso en la Sociedad de Geografía de Lisboa. Algo que tenía que ver con la filosofía de los negros, según creí entender.

–Sobre la historia del Reino de Bailundo, sí, y el pensamiento…

El general hizo un gesto seco, enfadado, como si intentara espantar a un mosquito que tuviera alojado dentro del espíritu. El teniente comprendió de inmediato. El mosquito era una idea. La misma que él se había atrevido a defender

en la Sociedad de Geografía. El teniente Jan Pinto pensaba que, para colonizar África de un modo más efectivo, los portugueses debían esforzarse por comprender las lenguas y costumbres de los africanos. Otros ilustres colonialistas habían defendido lo mismo antes que él. El joven, sin embargo, iba mucho más allá. En su opinión, el estudio de la historia de los pueblos indígenas y de su pensamiento podría ayudar a la humanidad entera en su camino hacia el progreso y la civilización.

–¿A qué historia se refiere vuestra excelencia? –le había dicho un respetado historiador, con la voz temblando de cólera y desdén, en cuanto el joven concluyó su discurso–. ¡La historia de África comienza con la llegada de los primeros europeos! ¡Los gentiles de África, pueblos embrionarios, embrutecidos por su propio modo de ser, nunca tuvieron escritura y, por lo tanto, no poseen ni pensamiento ni memoria!

El ministro de Guerra tosió, cosa que trajo a su interlocutor de regreso al presente.

–Voy a enviarlo a Angola en una misión confidencial –dijo, bajando la voz–. Se embarcará en el próximo navío hacia su tierra… Porque Angola es su tierra, ¿no es así? Aunque, sinceramente, usted parece más sueco u holandés que africano… En Luanda lo estará esperando el alférez de segunda línea Luis Gomes Mambo. Fue él quien tomó esas fotografías. Además, también quiero información detallada sobre esa figura. Quiero saberlo todo, comenzando por la rareza de un negro que se interesa por el arte de la fotografía. Usted y el alférez irán hasta Bailundo a averiguar lo que ocurrió. Ése no fue el primer incidente.

Jan Pinto sintió vértigo:

–¿Hubo otras muertes?

–Sí, pero eso no se puede saber. Nuestro dominio en África se asienta por completo en un logro ingenuo. Los africanos creen que somos fuertes, que somos poderosos, que somos invencibles.

–¿Y no lo somos?

El general João Crisóstomo agitó la cabeza con una carcajada triste. Miró al teniente con una mezcla de ironía y compasión:

–No, mi buen muchacho. Somos un país tan minúsculo que más parece un patio del Reino de España, y tenemos tan pocos recursos como un canónigo de aldea. Un país habitado por campesinos que no saben leer ni escribir y gobernado por gente débil e inútil, casi tan analfabeta como aquella a la que supuestamente gobierna. En resumen, ¡pura escoria! Como escribió un periodista de nuestra ciudad: esto no es una existencia, es una expiación.

El teniente Jan Pinto miró al ministro de Guerra con tal perplejidad que éste, una vez más, se compadeció. Le dio una palmadita en el hombro, como si el muchacho fuera un compañero de barraca. Se recompuso y moduló su voz para hacerla más potente:

–Si los africanos descubren que nuestros soldados están apareciendo muertos de forma misteriosa y sin siquiera haber presentado resistencia…, muertos…, qué sé yo, por algún veneno inventado por los ingleses, o peor, por algún encantamiento, un hechizo indígena… Si eso se sabe, Portugal perderá todo el prestigio. Y si perdemos el prestigio entre los africanos, estamos condenados. En pocos días veremos multiplicarse las insurrecciones, los ataques a comerciantes blancos y puestos militares. Saldremos de África expulsados a patadas, a pedradas y a garrotazos, con el rabo entre las piernas,

para alegría de los malditos ingleses. Para ser exactos, podemos decir que el destino del imperio depende de usted.

–¿Qué debo hacer, mi general?

–En primer lugar, irá a recabar toda la información disponible. Hablará con los supervivientes.

–¿Alguien sobrevivió?

–Sí, en un ataque anterior, un teniente salió con vida. Está preso, aislado en la fortaleza de San Miguel. Interróguelo. Después partirá con el alférez Luis Gomes Mambo y dos o tres hombres más que él mismo elegirá en una expedición discreta, tan discreta como sea posible, hacia Bailundo y Bié. Irán de civil. Usted, con el pretexto de visitar a su señor padre, João Pinto, un hombre valiente, íntegro, un portugués a la moda antigua. Use sus conocimientos de la lengua local y del comportamiento de los indígenas para esclarecer todo este misterio. Quiero respuestas, antes de que sea demasiado tarde.

3

En su último día en Lisboa, el teniente Jan Pinto fue a comprar libros. Salió del local de la Bertrand con una colección de cuentos de Machado de Assis, *Páginas escogidas*, y las novelas *Dos años de vacaciones*, de Julio Verne, y *La reliquia*, de Eça de Queirós. Después se sentó en un café de moda, en el Chiado, a tomar té y hojear, distraído, la nueva novela de Eça.

La ansiedad le impedía concentrarse. Pensaba en las palabras del ministro de Guerra en referencia a su padre: «Un hombre valiente, íntegro, un portugués a la moda antigua». João Pinto era valiente, sin duda. Tal vez también fuera un portugués a la moda antigua, incluso muy antigua, de un tiem-

po en que éstos todavía eran todos visigodos, antes de que los árabes llevaran a la península ibérica la poesía, la matemática, el amor por la música, por las artes y por el vino; en fin, un perfume de civilización. Íntegro no era. João Pinto había sido condenado a destierro perpetuo en Angola, acusado de comandar una tropa de rufianes que se dedicaba a asaltar a los viajantes en el crepúsculo, en las apretadas soledades de Trás-os-Montes. En el Reino de Bailundo, donde había mandado levantar una casa de adobe para servirle de tienda, de almacén y de habitación, había seguido robando, intercambiando baratijas, sal, aguardiente adulterado, malos géneros y pésima pólvora por buen marfil, cera, miel, caucho, goma copal y hasta personas.

> Fue mi padre, Mateus van Dunem Pinto, hijo de Lucrecia van Dunem y de Jan Pinto, ingeniero agrónomo, formado en el Instituto Superior de Agronomía, en Lisboa, quien me habló por primera vez de la goma copal. Creo que en nuestros días ya nadie sabe lo que era la goma copal. Vale la pena, pues, citar un texto del *Periódico de Ciencias Matemáticas, Físicas y Naturales,* volumen 4, de 1873, en el cual se esclarece, u oscurece, la misteriosa naturaleza y origen de este producto: «La goma copal, valioso objeto del comercio africano, ha sido para la ciencia objeto de dudas en cuanto a su origen. Respecto a que fuera producto vegetal, ninguna podía haber, indicándolo de sobra su naturaleza. Faltaba, sin embargo, determinar qué especies vegetales la abastecían, y es lo que las investigaciones hasta hoy no han determinado suficientemente. Al doctor Welwitsch, recorriendo extensas regiones en las que abundan este género de productos, no podía escapársele la ocasión de estudiar el asunto, que trató, efectivamente, después de ese estudio,

en el volumen XIX del *Journal of Botany*. Comenzó por trazar la distribución geográfica de la goma copal en Angola. Trata del modo en que es recolectada; describe las variedades, blanca, roja y amarilla, y por qué aparece en el comercio; nos habla del desarrollo que éste ha tomado y promete tener en relación con semejante droga, cuya exportación llegó a ser de un millón de kilos por año; y finalmente se ocupa de resolver la cuestión del origen de este producto. El examen de todos los hechos, a los cuales se ha recurrido para encontrar ese origen en las especies vegetales existentes, lejos de conducir a reconocer semejante procedencia, más bien persuade de ser otra o creerse la pertenencia a un origen de época geológica anterior a la actual, de tener el producto naturaleza verdaderamente fósil. Así, la goma copal será en África lo que el ámbar amarillo es en Europa, opinión, por cierto, la más probable». Muchos años después del fallecimiento de mi padre, descubrí que la goma copal era conocida por las poblaciones del interior de Angola como «mococoto». Hasta hoy no sé de qué se trata. Me gusta compartir esta ignorancia con ustedes, queridos lectores de este mi testimonio, novela familiar o confesión, como prefieran.

En fin, João Pinto había prosperado. Había multiplicado sus tiendas y se había enriquecido aún más. Ya viejo, durante una jornada por Humpata, había conocido a una joven bóer, rubia, tímida y devota, y tan rústica como él mismo, pero muy pobre, y se la compró a los padres por media docena de libras esterlinas y un grueso fardo de géneros. Lamentablemente, la mujer murió después de dar a luz, y le dejó en las manos un bebé de sexo masculino, al cual, a petición de la madre, el viejo le había dado el nombre de Jan.

João Pinto ya tenía siete hijos, de diversas mujeres de la región, a quienes empleó en sus comercios. Jan tuvo un destino diferente. Cuando cumplió doce años, su padre lo internó en el Real Colegio Militar, en Lisboa, de donde pasó a la Escuela del Ejército, siempre con excelente rendimiento.

Durante todos esos años, Jan fue recibiendo una generosa mensualidad de su padre. Nunca le faltó nada. Los hijos de los burgueses querían ser sus amigos. Los hijos de la aristocracia decadente se burlaban de él. Todos lo envidiaban, no sólo por saberlo rico, sino sobre todo porque el muchacho había heredado de la madre la figura alta y armoniosa, la tez clara y el cabello muy rubio, distinguiéndose de los colegas metropolitanos como una jirafa entre facóqueros.*

«En 1875, en vísperas de San Antonio, una desilusión de incomparable amargura quebrantó mi ser; por ese tiempo, mi tía, doña Patrocinio de las Nieves, me mandó del Campo de Santana, donde vivíamos, en peregrinación a Jerusalén». Jan ya había leído la misma frase cinco veces, perdiéndose en cada una de ellas en pensamientos vacíos, cuando vio entrar en el café a dos mujeres africanas: una señora ya de cierta edad en compañía de una joven esbelta que vestía una falda dividida, como las que se usaban entonces para andar en bicicleta, y una blusa azul con cuello alto de encaje, muy blanco, que realzaba su cuello largo y delgado. En la cabeza llevaba un pequeño sombrero de plumas, en tonos semejantes a los de la blusa. La mujer de más edad, trajeada con los géneros característicos de las damas de Luanda, ayudó a la más joven a sentarse, y ocupó su silla después. Hablaban en quimbundo en-

* Género de mamífero de la familia *Suidae*, propio de África, caracterizado por tener cabeza grande, cuerpo en forma de barril y verrugas en la cara, también conocido como jabalí verrugoso. *(N. de la T.)*

tre sí, en una voz baja y mansa, ajenas al minúsculo escándalo que había causado su presencia.

Jan sonrió, divertido. Hablaban de él.

–Qué hombre más guapo –decía la dama–. Seguramente, no es portugués.

–Está leyendo un libro en portugués. Una novela de mi escritor preferido, Eça de Queirós. Portugués o no, ya me gusta.

Jan llamó al empleado. Le entregó un billete grande.

–Es para pagar mi té y el de aquellas señoras. Quédese con el cambio –murmuró mientras el hombre se deshacía en una sonrisa radiante.

Después se levantó y, al pasar delante de la mesa donde las dos luandesas se habían sentado, se sacó el sombrero y se curvó en una breve reverencia, mientras decía en un quimbundo casi perfecto:

–Que tengan una buena tarde, señoras mías. Aprovechen el hermoso verano de Lisboa.

Salió a la calle, muerto de risa.

4

Sentado en una silla de mimbre, con la novela de Eça de Queirós entre las manos, Jan Pinto vio Portugal extinguiéndose a lo lejos, tragado por el mar. Estaba solo en la espaciosa cubierta. Se sentía bien allí, protegido del ardor del sol por un toldo alto, verde limón, mientras una brisa leve, que olía a marejada, le refrescaba el rostro. Un marinero muy pelirrojo, de mejillas carmesí, sembradas de pecas, le había llevado una copa de whisky sin que él hubiera pedido nada.

–¡Bienvenido a Escocia! –le había dicho el marinero.

Efectivamente, el Grantully Castle era un vapor escocés. Había partido de Glasgow y había hecho escala en Lisboa, y todavía debería detenerse en Freetown y Luanda, antes de amarrar en Ciudad el Cabo.

Con los ojos cerrados, Jan Pinto volvió a ver el rostro tristísimo del capitán Pedro Amado. Era como si él y sus compañeros hubieran encontrado a Dios, y Dios estuviera muerto. No lograba imaginar qué podría haber provocado tal desastre. El general João Crisóstomo había sugerido que tal vez los ingleses estuvieran involucrados en los terribles incidentes. Pero ¿cómo?

Lo despertó una voz burlona:

–Siento curiosidad por saber dónde aprendió quimbundo el caballero.

Jan abrió los ojos y vio frente a él, sosteniendo una delicadísima sombrilla azul que casi se confundía con el cielo, a la joven de la tarde anterior. El muchacho dejó el libro en la pequeña mesa, a su lado, y se levantó sorprendido y ruborizado.

–Disculpe, no esperaba encontrarla aquí…

La joven sonrió:

–¿Puedo sentarme?

Jan corrió a buscar una silla. Se sentaron los dos.

–Estoy enfadada con usted –continuó la joven–. Se burló de nosotras. Hizo que nos avergonzáramos. Eso no se hace.

–Lo lamento mucho, no era mi intención…

–Por otro lado, tenemos que agradecerle el refrigerio. Fue muy amable por su parte, señor…

Jan sonrió, extendiendo la mano:

–Teniente Jan Pinto, y la niña es…

–Me llamo Lucrecia van Dunem. Jan no me parece un nombre portugués…

–No. Mi madre era una señora bóer, de Humpata…

–¡¿De Humpata?!

–Sí. Yo también soy angoleño.

Conversaron hasta que el sol desapareció en el horizonte. Jan supo que Lucrecia había nacido en Luanda. El padre, comerciante, había heredado de un tío establecido en Río de Janeiro una tienda de tejidos. Lucrecia había ido a Brasil en representación de su padre, que estaba recuperándose de una herida grave, con el encargo de vender la tienda. Concluido el negocio, había viajado a Lisboa, donde había permanecido dos semanas, siempre en compañía de su vieja ama, y ahora estaba volviendo a casa. El teniente quedó admirado. Nunca había conocido a una mujer que, tan joven, estuviera dispuesta a emprender largos viajes sola, o casi sola, y mucho menos para hacer negocios.

–Soy una mujer moderna –lanzó Lucrecia con una carcajada radiante de la cual Jan se acordaría muchas veces en los meses siguientes–. Puedo hacer casi todo lo que hace un hombre. Y, por regla general, lo hago mucho mejor.

Jan recordó un artículo que había leído días antes: «La fina educación de la mujer recatada, tímida y del hogar, de la mujer frágil, como la más frágil flor; de la mujer que huía al toque brutal de la vida, es hoy despreciada como algo anacrónico y ridículo. En cambio, la mujer moderna emergió en los salones, desnuda (o casi desnuda) y voluntariosa, como Afrodita emergiendo de la espuma del mar. La mujer moderna vive en las plazas, considera saberlo todo, debate sin vergüenza las más escabrosas cuestiones y no parece tener vestigio alguno de educación moral o religiosa. Está ávida,

únicamente, de lujo y de sensaciones. La mujer moderna, pues, es un ser vanidoso y fútil, presa fácil de los hombres. El adulterio se convirtió en nuestras clases altas en una costumbre, una moda, el deporte predilecto de todos los muchachos con pretensiones de elegancia».

Lucrecia se rio cuando Jan le habló del artículo. No se reconocía en ese cruel retrato, excepto por considerarse capaz de discutir cualquier cuestión, incluso las más escabrosas, y por sentirse ávida de vida y de sensaciones.

–Además de eso, créame, no soy presa fácil.

Estaban así, conversando plácidamente, riendo, revelando secretos, recordando historias antiguas, cuando Nga Xixiquinha, la vieja ama de Lucrecia van Dunem, los interrumpió.

–Yo, muriendo de náuseas en nuestro camarote, ¿y la niña aquí? –la reprendió la vieja señora, ignorando a Jan.

Lucrecia se levantó:

–Disculpa, ama, me olvidé de la hora. Déjame presentarla al teniente Jan Pinto, nuestro compatriota…

Jan también se levantó. Se quitó el sombrero.

–Encantado, señora.

Nga Xixiquinha lo miró de pies a cabeza, como si sólo entonces lo viera por primera vez.

–¿Vuestra señoría es hijo del señor João Pinto?

–Sí –se sorprendió el teniente–. ¿Conoce a mi padre?

–Lo conocí en Luanda, hace muchos años, cuando aún éramos jóvenes, él y yo. En aquel momento, él era pobre, muy pobre, pero estaba decidido a enriquecerse. Imagino que se enriqueció…

–Ya no es pobre, no, señora mía.

Los restantes días a bordo transcurrieron de forma muy agradable. Jan le ofreció a Nga Xixiquinha unas pastillas de

menta que le aliviaron las náuseas. El paquebote, aunque pequeño, estaba equipado con camarotes espaciosos y confortables. En la popa, en un pequeño salón, todo tapizado de terciopelo verde, había una pequeña biblioteca con obras en inglés y en francés, además de diversos juegos de mesa. Era allí donde Lucrecia y Jan pasaban la mayor parte del tiempo. Sólo la última noche el mar se encrespó un poco y un furioso aguacero cayó con estruendo sobre la cubierta, asustando a la vieja ama. Enseguida, sin embargo, todo se calmó. La madrugada siguiente, en el aire lavado, contra un cielo azulísimo, vieron dibujarse, poco a poco, el sólido perfil del continente.

–Mire –señaló Lucrecia–. ¡La fortaleza de San Miguel!

En efecto, era la fortaleza. Despacio, Luanda fue tomando forma. Primero el caserío de la ciudad alta; después el puerto, la aduana, los almacenes y las casas comerciales. En la arena de la playa dormitaba un hombre delgado, sentado en una enorme silla, casi un trono, cercado de mozas y criados. Una jovencita, con celo filial, sostenía sobre él un gran parasol color naranja.

–Es mi señor padre, Vicente van Dunem. Y la niña del parasol es Irene, mi hermana –aclaró Lucrecia, haciendo señas con un pañuelo. El viejo se levantó con esfuerzo, sostenido por uno de los criados, y le hizo señas a su vez–. Cuando le presente a mi padre, él le hará muchísimas preguntas. Por favor, no se sienta obligado a responder a ninguna.

Esperaban en la playa más de un centenar de personas, entre familiares de los viajantes, porteadores y mirones. Sin embargo, el teniente no tuvo problemas para distinguir al alférez Luis Gomes Mambo, aunque nunca lo hubiera visto. Primero, por su postura. Incluso vestido de civil, pantalón y casaca de lino blanco, sombrero colonial en la cabeza, tenía el aplomo

de un militar de carrera. Además de eso, miraba al paquebote a través de la lente de una máquina de fotografiar portátil, de un modelo que Jan nunca había visto antes. Allí, en ese instante, estaba fotografiando la llegada del Grantully Castle.

Un bote los llevó hasta la arena. Jan saltó primero, les dio la mano a Lucrecia y a Nga Xixiquinha, y de inmediato los tres fueron rodeados por un montón de chicos que pedían dinero y caramelos, así como por una decena de porteadores que vendían sus servicios. Los ayudaron los empleados de Vicente van Dunem, que apartaron a los muchachos y a los porteadores, y que llevaron a los tres, sanos y salvos, junto al comerciante. Lucrecia abrazó a su padre con alegría y cariño. Sólo después hizo las presentaciones.

–Bienvenido a su tierra, teniente Jan –dijo Vicente, estrechando con vigor la mano del joven–. Los amigos de Lucrecia son mis amigos y se quedan en nuestra casa. Insisto en que sea nuestro huésped durante el tiempo que permanezca entre nosotros.

Jan se mostró agradecido. Explicó que estaba en Luanda de paso, unos días fugaces, pues enseguida partiría a Benguela y de allí a Bailundo para visitar a su padre. Además, había alguien esperándolo, añadió, señalando con la mirada al alférez Luis Gomes Mambo, quien, a esas alturas, lo miraba también con una expresión de duda.

–¡¿El alférez Luis Gomes Mambo?! –se sorprendió el comerciante.

Antes de que Jan dijese nada, le hizo una seña al militar, sonriendo. Luis Mambo se acercó. Se inclinó en una rígida reverencia:

–Buenos días, mis señoras, mis señores. –Se dirigió después a Jan–: ¿Teniente Jan Pinto, presumo?

Vicente van Dunem lo tomó por un hombro, en un gesto íntimo que sorprendió a Jan:

–Este joven es un excelente músico. ¿Lo sabía usted, teniente? Y también se interesa por la botánica de nuestra tierra y sus usos en la medicina de los indígenas. Todos los días descubro en él un nuevo interés o un nuevo talento. Dejo que el señor alférez nos robe al teniente, pues sé que está en muy buenas manos, siempre que ambos acepten cenar con nosotros cuando caiga la tarde.

5

El alférez Luis Mambo, a grandes pasos, condujo a Jan hasta un edificio cuadrado que se erguía sobre la playa, delante de la bahía, a trescientos metros de los muelles. Tres porteadores fueron detrás de ellos llevando en las espaldas un baúl y dos maletas grandes del teniente, mientras entonaban una canción en quimbundo. En la fachada del predio podía leerse, en convincentes letras azules sobre fondo blanco: Gran Hotel Imperial. Los cuartos eran amplios, aireados, aunque sin ninguna comodidad, excepto por la gran bañera de cobre, con fuertes pies de león, colocada en un rincón.

La ventana daba a un patio profundo. Jan la abrió y vio una jaula en la que volaban diversos tipos de aves canoras, y un tanque con tres cocodrilos, todo esto sumergido en la ruidosa penumbra de un inmenso mango de grandes ramas que, por sí mismo, parecía una selva a punto de tragarse la ciudad. Agradeció la sombra del mango y el piar de los pájaros, lamentó la suerte de los cocodrilos, cerró la ventana, se desvistió y tomó un baño rápido. Se secó. Se vistió. Se per-

fumó. Media hora después, encontró al alférez en el mismo lugar donde lo había dejado, en el salón de entrada del hotel, fumando un cigarrillo mientras hojeaba un periódico. Una espesa nube de mosquitos sobrevolaba la cabeza descubierta del joven militar, como una especie de aureola profana.

Luis Mambo ya había arrendado dos *maxilas*.

> Vale la pena leer lo que escribió el ya referido Sebastião José Pereira, en *Cuarenta y cinco días en Angola. Apuntes de viaje*, sobre las *maxilas*: «[…] especie de palanquín suspendido, servido por dos negros. Haré la descripción de este trasto, que forma parte de todos los mobiliarios y que no deja de aparecer en todas las subastas que frecuentemente se hacen, tanto por motivo de retiro como de fallecimiento. La base que sirve de asiento puede compararse a la de un canapé de paja, de metro y medio de largo y setenta centímetros de ancho. En una de las extremidades, pero de un solo lado y en sentido longitudinal, tiene un apoyo, tal como el de nuestros canapés, para servir de sostén al brazo. De cada una de las extremidades parten cinco cordones, que atraviesan el enrejado de madera y van a reunirse, a la altura de poco más de un metro, a unas argollas que se introducen en dos ganchos fijados en un tronco de palmera, la que llaman tunga, y que es digna de aprecio por su solidez y notable levedad. Sobre ella pende un dosel, de dimensiones poco mayores que las de la base, guarnecido alrededor por una cenefa, para esconder los alambres por los que corren dos cortinas de indiana adamascada y de colores muy vistosos. Los negros colocan las extremidades de la tunga en los hombros y, como entonces el asiento queda apenas apartado del suelo unos treinta centímetros, uno debe agacharse para entrar en la maxila, donde se sienta con las

piernas extendidas, como quien está en un baño de tina. […] A los negros, principalmente los porteadores, les gusta mucho llevar en la mano un pequeño látigo, o un bastoncito corto que al parecer los equilibra al andar, con el brazo erguido como una espada. Algunos usan un palo corto, con una bola en el extremo, y que en sus manos es un arma terrible, pues pueden lanzarla a grandes distancias tan certeramente que llegan a matar animales de presa».

Luis Mambo apagó el cigarrillo, se colocó el casco colonial en la cabeza y la máquina fotográfica en bandolera, y subió en su *maxila*. Jan se sentó en la otra, un tanto a disgusto, pues, como intentó explicar al alférez, le parecía humillante andar sobre las espaldas de dos hombres, sobre todo cuando fácilmente podían completar el recorrido a pie.

–¿Acaso vuestra excelencia es anarquista? –se indignó el cabindeño, cortando en seco las objeciones del teniente–. Éste es el medio de transporte más práctico y cómodo de la ciudad. ¡Vamos!

La familia Van Dunem vivía en la ciudad alta, en un elegante chalé, una casa de madera de dos pisos, rodeada por una espaciosa terraza verde. La mesa estaba puesta para cinco personas en el patio. Un perfume a hierbas cítricas y cedro fluía de dos pequeños potes colocados sobre brasas para apartar a los mosquitos. La estratagema, con todo, no fue suficiente para repeler el aura diáfana, luminosa, que insistía en sobrevolar sobre la cabeza del alférez.

Lucrecia apareció vestida a la manera africana, con bellos géneros del Congo, sujetos con mucha gracia por encima del pecho. Llevaba la cabellera cubierta por un turbante florido. Al cuello, un pesado collar de ámbar y plata.

–Parece una princesa etíope –murmuró Jan, y de inmediato se arrepintió de la observación.

La joven se rio:

–El collar vino exactamente de Abisinia. Fue un regalo de mi padre.

Vicente van Dunem sonrió:

–Recuerdo de un viaje que hice a Abisinia hace muchos años. Sepa vuestra excelencia que en esta casa valoramos a África y reverenciamos la verdadera alma indígena de nuestro país. No somos como esos pretendidos negros civilizados, de cuello y corbata, que llenan los departamentos públicos de esta ciudad, que llenan las iglesias, las tabernas y los prostíbulos, y mueren de vergüenza de sus propios orígenes. Somos negros orgullosos de nuestro color y de nuestra civilización.

Jan no escondió su sorpresa:

–¿Es cierto que estuvo en Abisinia? No me diga que conoció al emperador.

–No, no tuve esa suerte. En aquel momento, el emperador era el gran Teodoro II, una figura extraordinaria.

Recostándose en la silla, habló de la difícil relación que mantenía el emperador con la Iglesia ortodoxa. Contó que, cierta mañana en que el emperador despertó irritado, llamó al capitán de su guardia y le ordenó que fuera a la casa del *abuna*, título honorífico utilizado para designar a los obispos ortodoxos, llevando el siguiente mensaje: «El emperador dice que usted no es más que un perro, hijo y nieto de perras». El infeliz capitán, aterrorizado, le imploró al emperador que enviara mensaje tan importante a través de alguien de mayor grado. Fue entonces un coronel quien, imperturbable, transmitió el insulto. Demostrando idéntica flema, el *abuna* apenas